

vence el mal (Pedro, ¿qué piensas de la injusticia y de la violencia?); *vida eclesial* (Pedro, ¿y el discípulo que Jesús amaba?) y *el gozo de la fe*, van desgranando y profundizando en el camino, con el estilo siempre delicado y profundo del Cardenal Martini, que nos hace orientar nuestras lecturas bíblicas más a lo espiritual-vida cotidiana, que a una exégesis técnica de la misma.

Es un libro que merece la pena meditar, leer y contemplar muchas veces, para captar el sentido profundo de la vivencia personal de Pedro, revivida por el mismo autor, que en el Epílogo con el que concluye nos dice, *precisamente por esto el Señor nos pide que vivamos la fe. Démosle gracias porque nos ha hecho capaces de amarlo libremente aun sin haberlo visto, y ha hecho que creamos en él aun sin poder verificar matemática o científicamente nuestra fe, sino viviéndola como un acto razonable de entrega, que sin embargo exige un completo abandono, diciendo como Jesús: «Padre en tus manos confío mi espíritu»* (Lc 23, 46). (p. 172)

El libro acaba con una oración de San Ambrosio que nos habla de la bienaventuranza final en donde todos nos volveremos a encontrar [ALONSO MORATA MOYA].

A. CENCINI, *Llamados para ser enviados. Toda vocación es misión, Paulinas, Bogotá 2009, 75 pp.*

Para plantear el tema de la vocación, el autor parte de dos acontecimientos ocurridos durante la Celebración del Congreso Europeo de Vocaciones, Roma 2008. Uno de ellos, exterior al Congreso: el amontonamiento de basuras en Nápoles. Otro, ocurrido en el auditorium en el que se celebraba el Congreso: el desprendimiento de unos cascotes del techo. A uno y otro les da una interpretación simbólica. Respecto del primero: *producimos tal cantidad de basura –palabras vacías y superficiales– que nuestro metabolismo no puede asimilarla*. Y se pregunta: *la infecundidad vocacional ¿no será un signo inquietante de un organismo eclesial enfermo o que no posee buena salud?*

En cuanto a la caída de cascotes, hace una doble lectura metafórico-simbólica. La primera e inmediata, pensar en algo viejo que se desgasta y cae con el peligro de provocar daños graves; o el poder del espíritu que irrumpe para crear cosas nuevas. También puede indicar la incapacidad de las estructuras de nuestras viviendas para contener una presencia numerosa de personas.

Señalando el número de asistentes al Congreso, Cencini prefiere darle el sentido de que sí hay esperanza porque son muchos los animadores vocacionales. Pero que también es necesario abandonar cierta lógica que se empeña en volver al pasado. Hay que estar atentos a las maneras de hacer pastoral, pensar en los otros. Una pastoral realmente vocacional que ponga en primer lugar la llamada del Dios-que-llama, en que la elección vocacional del individuo será su fruto genuino.

En la Premisa hace una presentación de los jóvenes de hoy. Lo hace desde fuera, en primer lugar y los pinta como enmadrados, vagos, pasivos... Pero nos quiere, a continuación, introducir en el *multiverso* en el que se desarrollan los jóvenes de hoy. De ahí pasa a proponer una causa de la pobreza y precariedad vocacional. Precaria, *cuando no está suficientemente animada por la conciencia de sentirse llama-*

dos para una misión y de sentirse enviados a los demás; pobre, porque es pobre una identidad, concebida sólo en función de uno mismo, de su propia realización (p.12). Convencido, sin embargo, de que la idea de misión ejerce una fascinación absoluta sobre la sensibilidad del joven de hoy. Por eso invita a que la pastoral vocacional se haga más misionera. Vocación y misión están unidos, no puede haber vocación cristiana sin misión. El objetivo del texto, desde la pág. 15, es ofrecer un itinerario de reflexión para ayudar a los jóvenes y a los educadores a profundizar en esa identidad juvenil actual y en la dimensión *vocacional-misionera*.

Insiste en que la crisis vocacional es crisis de los que ya han respondido en la Iglesia que presentan una vida sin atractivo y una misión devaluada. Dentro de ese itinerario nos ofrece un juego de polaridades (y la lógica del misterio: entre ellas, el yo actual y el yo ideal; bien recibido y bien donado; desvelamiento del yo y apertura al otro (tú); individualidad y pertenencia; libertad y responsabilidad. Y en el centro de todo la pregunta ¿hasta qué punto nuestra espiritualidad es pascual? La cruz y la resurrección, Cristo, corazón del mundo. Sólo así nuestra pedagogía está en mostrar el amor de Cristo y dar testimonio de él. Convencido de que la crisis no es definitiva e inevitable (de hecho hay contextos en los que no se da crisis). Por eso nos invita a utilizar este principio pascual en términos de pedagogía vocacional.

Esta pastoral vocacional, pascual y misionera ha de considerar unas actitudes de fondo, un objetivo que conseguir (ser creyentes responsables), un estilo educativo sugerente y claro, y un recorrido pedagógico con etapas específicas que ayuden a transitar este camino. Indica unos puntos de catequesis sobre la vocación y la misión con este orden: el llamado, el llamante divino, el llamante (humano), la llamada.

El llamado, algunos aspectos:

Premisas a nivel psicológico: el don que crea responsabilidad

Premisas a nivel espiritual: consolación y provocación (en relación con el bien recibido-bien entregado)

El llamante divino:

Dios llama porque ama (si nadie me llama no cuento para nadie). Llamada = estima.

El Dios-que-llama crea a la persona responsable (capaz de dar respuesta, de tomar decisiones). Dios como fuente de libertad para el joven.

El Dios-que-llama nos envía a los otros (a tener cuidado de los otros)

El Dios-que-llama nos confía una misión. Toda vocación implica una misión.

El llamante (humano). Las mediaciones de que se sirve el llamante Dios:

El individuo llamante (el auténtico llamado debería ser uno que llama). Animador vocacional que respeta la libertad del otro y presenta la vocación como algo que abre la vida a los otros.

La comunidad llamante. El testimonio de la comunidad de personas que viven juntas y juntas anuncian el Evangelio y en virtud de él se aceptan.

La llamada:

Estructura general de la pastoral vocacional. Tener siempre presente y repetida la dimensión vocacional o no tendrán sentido las iniciativas vocacionales: homilía, eucaristía, confesión...

Experiencias vocacionales «misioneras».

Los lugares de la llamada: *Extraordinarios*: experiencias en las que es más fuerte el sentido de la vocación cristiana para el joven. Pastoral del sentido de la vida; experiencia misionera en lugares de misión; compromiso directo en una experiencia pastoral; la prueba temporal de vida común. *Ordinarios*: experiencias de servicio individual o en grupo, conducidas durante algún tiempo; hacer normal en la cultura el sentido y realidad de la llamada en la vida cotidiana del joven.

El Dios-que-llama nos confía e invita siempre a realizar una misión que fecunde nuestra vida y la de los demás. Aun en su brevedad, es un libro útil para ir realizando los cambios que la pastoral vocacional precisa hoy [ALONSO MORATA MOYA].

GAITÁN, I.-CASTILLO, J.-LAVANIEGOS, E., eds., *Sacerdocio en familia. Testimonios vocacionales*, México D.F 2010, 120 pp.

¿Dónde se encuentra la fuente de tanta pasión sacerdotal? ¿De dónde mana un deseo tan intenso de entregar la vida *en y desde* el altar de Cristo? ¿Cuál es el manadero de una alegría tan inaudita? ¿Dónde se genera una esperanza vital de tal calibre humano y espiritual? Son algunas de las preguntas que me formulé tras la lectura de esta pequeña joya que deseo presentar. Permítanme una herejía inocente para responder. Digo herejía porque la materia prima que traemos entre manos es una realidad de enorme trascendencia teológica, eclesiológica y sacramental: el *sacerdocio*. Pero la califico como inocente, porque la verdad de las realidades divinas nunca es exclusiva sino inclusiva. Dios Padre ha hecho en su Hijo de nuestra carne, y sus "verdades", principio de redención. La respuesta más inmediata a esos interrogantes iniciales no fue Cristo, la Eucaristía, la Gracia o la Iglesia... Fue, más bien, el trato inmediato y cotidiano con otros, sacerdotes, que van delante de mí y me prestan sus ojos para hacerme atisbar la plenitud de vida que es posible albergar en sí cuando se forma parte de la *familia* de los convencidos del Señor Jesús.

Hagan la prueba. Pregúntenle a cualquier miembro de una familia de vida religiosa, institución sacerdotal o comunidad de vida consagrada: ¿tú, por qué entregaste tu vida al Señor? Respuesta: «porque alguien me hizo ver en el *testimonio* elocuente su propia vida las increíbles posibilidades de una existencia volcada en Dios». Este es el meollo de estas ciento veinte páginas. Veintitrés sacerdotes operarios responden de manera breve a las preguntas que les sugieren Juan Carlos y Jesús, dos jóvenes que se preparan para ser sacerdotes en la familia de la Hermandad. Dos jóvenes que han intuido que la vida de la familia sacerdotal a la que desean pertenecer está hecha de prodigiosos jirones de vida oculta que merece la pena sacar a la luz para que ilumine los pasos de los que buscan y ensanchen el corazón de los que ya están en camino de respuesta vocacional. Son operarios de diferentes nacionalidades, edades y experiencias de misión; si bien todos comparten dos dones: son sacerdotes, y lo son en familia. En todos ellos, la llamada al ministerio, el entusiasmo por Cristo y el deseo de entrega han sido animados también por otros sacerdotes que desplegaron ante sus ojos de joven o de niño, en el día a día de su vida sacerdotal, las realidades